

UNA VIDA

—— *contada* ——

PALABRA POR PALABRA

CARMEN GARCÍA RUIZ

1954 — Villanueva del Río

© 2026 Carmen García Ruiz. Edición familiar, no venal.
«Una vida contada palabra por palabra» se preparó para imprenta con
heirleaf. Compuesto en EB Garamond a 11,5 puntos en A5, 148 × 210
mm.

*Para Marisa, para Juan y para Lucía,
y para los nietos que un día
quieran saber de dónde vienen.*

Índice

1 · DE DÓNDE VENGO

Un pueblo de una sola calle	8
-----------------------------	---

2 · LA INFANCIA

La casa de la calle Mayor	10
Los juegos de la plaza	10
Mi primer recuerdo	11
A qué olía la casa de mi niñez	11
El pan de los sábados	12
La escuela de doña Consuelo	12

3 · HACERSE MAYOR

Una maleta y las alianzas	14
Una toquilla para mi madre	14

4 · EL AMOR

El baile de las fiestas	16
-------------------------	----

5 · EL OFICIO

Cuarenta años cosiendo	18
------------------------	----

6 · LA FAMILIA QUE FORMÉ

El día que nació Marisa	20
Tres nombres, tres motivos	20
En qué me parecí a mis padres	21

7 · LOS LUGARES

La casa que echo de menos	24
Todas las casas donde he vivido	24

8 · LO QUE HE APRENDIDO

Algo de lo que sigo alegrándome	26
Lo que me gustaría que recordaran de mí	26
Lo que le diría a quien venga después	26
Lo que nunca he contado	27

CAPÍTULO UNO

De dónde vengo

Un pueblo de una sola calle

Villanueva del Río era un pueblo de una sola calle, la Mayor, con la iglesia en un extremo y la fuente en el otro, y todo lo demás colgado de ella como la ropa de un tendedero. Habría trescientas personas, y todas sabían quién era yo antes de que yo supiera quiénes eran ellas. El río pasaba por debajo del pueblo, entre chopos, y en verano era el único sitio fresco en veinte kilómetros.

No había nada, y sin embargo no me acuerdo de haber echado nada de menos hasta que me fui. Eso lo he pensado muchas veces: que la falta solo se nota cuando ya has visto lo que falta.

CAPÍTULO DOS

La infancia

La casa de la calle Mayor

Era una casa de dos plantas en la calle Mayor, con la fachada encalada y un poyo de piedra a la entrada donde se sentaba mi abuela por las tardes. Al entrar estaba el zaguán, siempre fresco, con el suelo de baldosa roja que mi madre fregaba cada mañana. A la derecha la cocina, que era el corazón de todo: la lumbre encendida casi todo el año, una mesa de madera con hule de cuadros y una alacena donde se guardaba lo poco que había. Nunca supe de dónde sacaba mi madre para darnos de comer a los seis, pero comíamos todos los días.

Subiendo la escalera, que crujía en el tercer escalón, estaban los dormitorios. El mío lo compartía con mis dos hermanas, en una cama que se hundía por el medio y en la que dormíamos las tres de lado como cucharas. En invierno mi madre nos ponía un ladrillo caliente envuelto en un trapo a los pies. Todavía hoy, cuando huelo a leña quemada, me vuelve esa habitación entera.

Detrás estaba el corral, con las gallinas y una higuera que daba sombra a medio patio. Allí se lavaba la ropa en un pilón de piedra y allí se mataba el cerdo en diciembre, que era un día de fiesta y de trabajo a partes iguales. Mi padre tenía un cuartito con las herramientas donde no nos dejaba entrar, y por eso mismo era el sitio de la casa que más nos gustaba.

La casa se vendió cuando murió mi madre, en el año ochenta y nueve. Yo he pasado por delante alguna vez y no me atrevo a llamar. Prefiero recordarla como era, con la puerta abierta y mi abuela en el poyo, mirando quién pasaba.

Los juegos de la plaza

La plaza era nuestra desde que salíamos de la escuela hasta que se encendían las luces, que era la señal para volver a casa. Jugábamos a la comba,

con una soga que había sido de un carro y que pesaba tanto que había que darla entre dos. Cantábamos aquello de «al pasar la barca me dijo el barquero» y saltábamos hasta que se nos quedaban las piernas como de trapo. Los chicos jugaban a las chapas y al fútbol con una pelota de trapo, y nosotras no, porque no estaba bien visto, pero yo me escapaba a veces y les daba unas patadas al balón que ya quisieran ellos.

No había juguetes comprados, o casi ninguno. Una muñeca de cartón que me trajeron los Reyes un año y que se me deshizo con la lluvia. Lo demás lo hacíamos nosotros: cocinitas con latas de sardinas, carros con cajas de madera, y un columpio que colgamos de la higuera del corral con una cuerda que mi padre nos dio a regañadientes. Nos divertíamos igual o más, aunque cuando se lo cuento a mis nietos no me creen.

En la plaza aprendimos todo lo que no se enseñaba en la escuela. A pelearnos y a hacer las paces, a mentir un poco y a que se nos notara, a esperar el turno. Mi mejor amiga era la Angelines, la hija del cartero, que tenía una risa que se oía desde la fuente. Se fue a Barcelona con dieciocho años y todavía nos escribimos por Navidad, con letra de viejas las dos.

Mi primer recuerdo

Un vestido azul con lunares que me hizo mi madre para la feria. Tendría yo cuatro años y no me lo quería quitar ni para dormir.

A qué olía la casa de mi niñez

A leña, a jabón Lagarto y al guiso del mediodía. Los viernes olía distinto porque mi madre hacía torrijas, y ese olor lo llevo pegado desde entonces.

El pan de los sábados

El del pan recién hecho. Mi madre amasaba los sábados, y todavía hoy, cuando paso por delante de un horno, por un momento es sábado otra vez.

La escuela de doña Consuelo

La escuela de niñas estaba en la planta baja del ayuntamiento, en una sala grande con una estufa de leña en el medio que solo calentaba a las de la primera fila. Éramos unas cuarenta, de todas las edades, con una sola maestra: doña Consuelo. Era una mujer alta, muy seria, que llevaba siempre una bata gris y el pelo recogido, y que nos daba miedo y respeto en la misma medida.

Me enseñó a leer con una cartilla que compartíamos tres niñas, y cuando vio que yo iba deprisa, me dejaba llevarme libros suyos a casa. Así leí «Corazón», «Marianela» y unos cuentos de Andersen que me hicieron llorar en la cocina delante de todos. Mi padre decía que tanto leer no servía para nada, pero mi madre me tapaba y me dejaba una vela encendida un rato más.

Dejé la escuela a los doce años, como casi todas, porque hacía falta en casa. Doña Consuelo vino a hablar con mis padres y no sirvió de nada, pero yo nunca he olvidado que lo intentó. Cuando me casé, le mandé una invitación y ella me contestó con una carta de dos hojas que todavía guardo en la caja de las fotos.

CAPÍTULO TRES

Hacerse mayor

Una maleta y las alianzas

Me fui con una maleta y con las alianzas, en el coche de línea de las siete de la mañana, un martes de abril del setenta y dos. Mi madre me había preparado una tortilla envuelta en un paño y un paquete con las sábanas bordadas de su ajuar, que pesaba más que la maleta. Antonio me esperaba en la estación de Zaragoza con una gabardina prestada y cara de no haber dormido.

La pensión de la señora Julia tenía una habitación con una ventana que daba a un patio de luces, y me pareció un palacio porque era mía. Esa primera noche no dormí: escuchaba los ruidos de la ciudad, que eran otros, y pensaba en mi madre poniendo la mesa para cinco en lugar de para seis.

Una toquilla para mi madre

Le compré a mi madre una toquilla de lana gris en la tienda de la plaza y con lo que sobró me compré yo unas medias de cristal. Ella se puso a llorar y yo también, y mi padre se fue al corral para que no lo viéramos.

CAPÍTULO CUATRO

El amor

El baile de las fiestas

En el baile de las fiestas de septiembre del año setenta y uno. Antonio venía de Zaragoza con unos primos, y se notaba que era de ciudad porque llevaba una camisa de rayas que aquí no se había visto nunca. Yo iba con mis hermanas y con la Angelines, y él estuvo toda la noche mirando sin decidirse, hasta que la orquesta tocó «Quince años tiene mi amor» y su primo le dio un empujón que lo puso delante de mí.

Bailamos dos pasodobles y un vals, y en el vals ya lo sabía yo todo. No es que fuera guapo, que lo era, es que escuchaba. Me preguntó por mi casa, por mis padres, por lo que me gustaba hacer, y se acordó de todo cuando volvió a las fiestas del año siguiente. Mi madre decía que un hombre que escucha vale más que uno que habla, y mi madre casi nunca se equivocaba.

Nos casamos en abril del setenta y dos, en la iglesia del pueblo, con un vestido que me cosí yo misma en las noches de todo el invierno. Me fui a Zaragoza con una maleta y con las alianzas, y no volví a vivir en Villanueva. Antonio murió en el año dos mil catorce, y todavía hay noches en que le cuento las cosas del día antes de dormirme.

CAPÍTULO CINCO

El oficio

Cuarenta años cosiendo

En coser. Empecé con doce años ayudando a la modista del pueblo, la señora Pilar, que me enseñó a hilvanar, a sacar un patrón de un periódico y a no llorar cuando se equivocaba una. En Zaragoza entré en un taller de confección de la calle Delicias, donde estuve veintitrés años haciendo abrigos para unos almacenes de Madrid. Éramos treinta mujeres en una nave sin ventanas, con las máquinas sonando desde las siete de la mañana, y allí hice las mejores amigas que he tenido en la vida.

Cuando el taller cerró, en el noventa y cinco, me puse a coser en casa. Arreglos, dobladillos, vestidos de comunión, algún traje de novia que me quitaba el sueño durante semanas. La gente venía con la ropa y se quedaba a contarme sus cosas, y creo que la mitad del oficio era eso: escuchar mientras las manos trabajaban.

Una costura recta se hace con las manos, pero se aguanta con la cabeza. Eso lo decía la señora Pilar y yo se lo he repetido a mis hijas mil veces, aunque ninguna de las dos quiso aprender a coser. Lo dejé del todo a los setenta años, cuando los ojos ya no me daban para enhebrar sin gafas ni con ellas. La máquina la tiene ahora Lucía en su piso, de adorno, y a mí me gusta que esté allí.

CAPÍTULO SEIS

La familia que formé

El día que nació Marisa

Largo. Me puse de parto un martes por la mañana mientras planchaba, y Antonio estaba en el trabajo sin teléfono, así que me fui al hospital andando con la vecina de arriba, que llevaba la maleta y rezaba en voz alta por toda la calle Delicias. Marisa nació a las once de la noche, y cuando me la pusieron encima me pareció tan pequeña y tan seria que me eché a reír. Antonio llegó a las doce, con la camisa mal abrochada, y se quedó mirándola sin tocarla, como si fuera de cristal, hasta que la enfermera se la puso en los brazos a la fuerza.

Tres nombres, tres motivos

Marisa se llama María Luisa por mi madre y por la madre de Antonio, que se llamaban igual y nunca se llevaron bien. Pensamos que así las contentábamos a las dos, y lo que conseguimos fue que cada una creyera que el nombre era por ella sola. Juan es por el hermano de Antonio, que murió muy joven en un accidente de moto, y a Antonio no hubo forma de quitárselo de la cabeza. Y Lucía fue la única que elegimos por gusto, porque nos gustaba cómo sonaba y porque nació un día de diciembre en que salió el sol después de una semana de niebla.

Los tres nacieron en Zaragoza, en el Clínico, y los tres han salido cada uno de su padre y de su madre. Marisa es la organizada, la que me tiene ahora en su casa de Valencia y me lleva al médico con una carpeta. Juan es el callado, el que escucha, como su padre. Y Lucía es la que se ríe, la que llama los domingos y se pasa una hora contándome cosas que no son nada y que son todo.

En qué me parecí a mis padres

A no quejarme delante de los niños. Ella tuvo años muy duros y nosotros no nos enteramos hasta mayores. Lo hablábamos mis hermanos y yo en el entierro: ninguno recordaba haberla visto llorar, y luego supimos que había llorado mucho. Eso lo he hecho yo igual con mis hijos, para bien o para mal.

CAPÍTULO SIETE

Los lugares

La casa que echo de menos

La casa del huerto, en las afueras de Zaragoza, donde vivimos casi treinta años. Antonio la compró medio en ruinas con lo que le dieron por la indemnización de la fábrica, y la arreglamos con nuestras manos un fin de semana detrás de otro. Tenía un huerto de verdad, con tomates que sabían a tomate, y un porche donde cenábamos en verano hasta que se hacía de noche sin que nadie se levantara.

Allí crecieron los niños, allí se casó Marisa, allí murió Antonio. Cuando la vendí me llevé una maceta de geranios del porche, que ahora está en la terraza de Valencia y que sigue dando flores como si no se hubiera enterado.

Todas las casas donde he vivido

La casa de la calle Mayor (1954–1972)

La pensión de la señora Julia, Zaragoza (1972–1975)

El piso de la calle Delicias, Zaragoza (1975–1988)

La casa del huerto (1988–2016)

Casa de mi hija Marisa, Valencia (2016–hoy)

CAPÍTULO OCHO

Lo que he aprendido

Algo de lo que sigo alegrándome

De que mis tres hijos se llamen entre ellos sin que yo tenga que pedírselo. Todo lo demás, la casa, el trabajo, los años, se lo lleva el tiempo. Eso no.

Lo que me gustaría que recordaran de mí

Que estaba. Que cuando alguien llamaba a la puerta, yo abría, y que había algo caliente en la cocina y un sitio en la mesa. No he hecho nada grande, pero he estado en todo lo pequeño, y a estas alturas creo que era eso lo que había que hacer.

Y que me recuerden riéndome. Como la Angelines en la plaza, que se la oía desde la fuente.

Lo que le diría a quien venga después

Que se ría mucho, que escuche más de lo que hable y que no guarde cartas sin enviar. Que aprenda a hacer algo con las manos, lo que sea, porque las manos ocupadas dejan la cabeza en paz. Y que vaya a ver a la gente mientras está viva, que los entierros están llenos de personas que querían haber ido antes.

Y que no tenga prisa. Yo he tenido prisa toda la vida, por acabar la costura, por que crecieran los niños, por que llegara el verano, y ahora que no tengo ninguna me doy cuenta de que lo bueno estaba en medio, en lo que quería que pasara rápido. Que ella se quede en el medio todo lo que pueda.

Lo que nunca he contado

A mi padre. Cuando me fui a Zaragoza estábamos enfadados porque él no quería que me casara con uno de fuera, y en la despedida no nos dijimos nada, solo un beso en la mejilla y ya. Al mes le escribí una carta larga, contándole todo lo que él había hecho bien por mí y todo lo que me había dolido, y me quedó tan verdadera que no me atreví a echarla al correo.

La guardé en el fondo del armario y ahí siguió cuando él murió, en el setenta y ocho. La leí en el entierro, a solas, en el cuarto donde había dormido de niña, y entonces entendí que se la había escrito a mí misma. Lo que le tenía que decir a él ya lo sabía: que me quería a su manera, y que su manera era la única que conocía.

Notas

Este libro recoge 20 respuestas de Carmen García Ruiz, contadas con su propia voz entre febrero y junio de 2026. Se compuso en EB Garamond, a 11,5 puntos, en páginas de A5, 148 × 210 mm, y se imprimió en blanco y negro bajo demanda.

H E I R L E A F